

## Reseñas

Rodríguez, Jaime E. y Kathryn Vincent (coords.), *Myths, misdeeds, and misunderstandings. The roots of conflict in U.S.-mexican relations*, Universidad de California, California, 1997, 278 pp.

La historia de países vecinos está llena de conflictos, mitos y malos entendidos; a este caso no escapan México y Estados Unidos. Los editores de la obra aquí reseñada recogieron una serie de ensayos cuya finalidad es abordar las temáticas más importantes que han marcado esta relación, resultado de dos coloquios que tuvieron lugar en 1992, uno en febrero, en el Colegio de la Frontera Norte, y el otro en junio, en la Universidad de California.

El objetivo general de la obra, y en ello reside lo novedoso, es rescatar las opiniones de historiadores mexicanos y texanos sobre asuntos de la relación bilateral que ya han sido tratados por

autores estadounidenses. Las fuentes consultadas resaltan la calidad del texto: archivos como los de la Secretaría de Relaciones Exteriores y los Archivos Nacionales de Washington, así como correspondencia personal, archivos estatales y locales, ponen intensidad en la historia de cada país, resultando como lógica consecuencia un trabajo muy completo y bien documentado.

El primer ensayo "Se necesitan dos para el tango" escrito por los editores, nos recuerda desde el sugestivo título cómo en los vínculos diplomáticos de estados limítrofes siempre existe una relación amor-odio, llena de incomprendiones y desencuentros, al igual que en el baile argentino, y este tipo de lazo no es propio de México y Estados Unidos, sino que se repite entre todas las naciones contiguas. En el texto se establecen las diferencias culturales que existen desde la colonización británica y la española entre ambos pueblos, y

en que prevalecen los aspectos religiosos, de riqueza y población.

Virginia Guedea y Jaime Rodríguez escribieron "Cómo comenzaron las relaciones entre México y Estados Unidos". Plantean que desde el inicio hubo una serie de contradicciones: los insurgentes se acercaron en busca de ayuda, ofreciendo incluso Texas, y no encontraron sino la indiferencia del país recién formado. Una vez consumada la independencia, nuevos inconvenientes aparecieron con la intromisión política de Joel R. Poinsett y el, ya para entonces bien consolidado, apetito territorial de los vecinos del norte.

En "La colonización y pérdida de Texas. Una perspectiva mexicana" Josefina Zoraida Vázquez realiza un pormenorizado recorrido por la historia del territorio texano a partir del otorgamiento de concesiones y la llegada masiva de grupos de colonizadores. Lo valioso de este estudio, además de desestimar los argumentos de historiadores estadounidenses, es presentar la independencia de Texas desde un punto de vista más objetivo: muestra cómo se trató de un movimiento interesado en escapar de las leyes que en contra de la esclavitud se habían promulgado en el país, además de un negocio redondo para los especuladores de tierras tanto en México como en Estados Unidos.

Por su parte, Jesús F. de la Teja colaboró con "La colonización e independencia de Texas: una perspectiva texana". Lo singular del texto es que se analiza lo ocurrido con un grupo social generalmente olvidado por los investigadores del tema: los texanos de origen español o mexicano antes y durante el desarrollo de la guerra de in-

dependencia. Estos hombres no permanecieron ajenos a los acontecimientos, trataron de participar a favor o en contra del movimiento, y defender sus derechos; sin embargo, con la conclusión del conflicto la aplastante mayoría de estadounidenses impidió la ocupación de cargos importantes que con anterioridad ostentaban.

El ensayo "La guerra entre México y Estados Unidos, 1846-1848" realizado por Jesús Velasco Márquez y Thomas Benjamin explica cómo ha sido relatado este hecho desde una perspectiva historiográfica. Mientras los autores mexicanos ponen énfasis en el expansionismo de Estados Unidos y los problemas de organización política interior, los estadounidenses todavía debaten sobre su culpabilidad al iniciar este conflicto y los problemas internos entre estados norteamericanos y sureños, relacionados con el esclavismo. Velasco y Benjamin ofrecen un punto de vista novedoso al intercalar, de forma breve y sucinta, las historias de cada uno de los países y cómo sus problemas internos tuvieron una relación muy clara con el desencadenamiento de la guerra y su resultado.

Manuel Ceballos-Ramírez y Óscar J. Martínez exponen, en "Conflicto y acomodamiento en la frontera mexicana estadounidense, 1848-1911", un recuento completo de los problemas en la línea divisoria de un largo periodo temporal en el que, aparentemente, no hubo dificultades: la venta del territorio de La Mesilla, los cambios de curso en el río Bravo, las invasiones de filibusteros, las incursiones de indios bárbaros, la zona libre y las intromisiones del ejército estadounidense en la frontera

de México en persecución de ladrones de ganado e indios.

“El gobierno estadounidense contra la revolución mexicana, 1910-1917” de Berta Ulloa explica con claridad cómo la política de las administraciones estadounidenses influyó notoriamente en los giros que presentó el movimiento revolucionario. Con énfasis en las fuentes diplomáticas, la autora revisa detenidamente el papel decisivo del presidente William H. Taft y su enviado en México, Henry Lane Wilson, que contribuyeron a la desestabilización de Madero. Al referirse a la actitud intervencionista de Woodrow Wilson en el puerto de Veracruz y la expedición punitiva sobre Francisco Villa, en Chihuahua, destaca la postura inamovible de Venustiano Carranza, quien terminó por dominar a sus adversarios en el interior sin transigir con los invasores.

Robert Freeman Smith colabora con “Estados Unidos y la revolución mexicana, 1921-1959”, que complementa el estudio anterior. En el escrito se reflexiona sobre la profundidad de las dificultades de estos años, que no pueden ser limitadas al conflicto de intereses entre las dos naciones, sin tomar en consideración las acentuadas diferencias culturales, como en el caso de la propiedad privada. Entre los problemas de los gobiernos revolucionarios destacan aquellos provocados por la aplicación del artículo 27 de la Constitución, que generaron dos momentos de grave crisis: el reconocimiento de Álvaro Obregón y la nacionalización de la industria petrolera.

Mario T. García contribuye con un trabajo interesante: “Emigración mexicana en la historia de Estados Unidos y

México: mito y realidad”. Desmitifica la idea de que el emigrante mexicano no ha alcanzado beneficios sociales porque tiene poco tiempo trabajando en Estados Unidos, los mexicanos han arribado a la región suroeste desde hace más de 100 años. Además, explica que los periodos en los que se ha registrado un mayor éxodo de mexicanos en el país vecino del norte son aquellos en los que nuestro país ha alcanzado un desarrollo económico importante. García cuestiona el miedo existente entre los estadounidenses por aceptar a los recién llegados y concluye que existe y ha existido un proceso de interacción por el cual la propia cultura de Estados Unidos tiende a adoptar características de este grupo de emigrantes.

“Migración indocumentada de México a Estados Unidos: ¿un asunto legal o laboral?” de Jorge A. Bustamante, establece una serie de conceptos sociológicos que le permiten presentar interesantes hipótesis, la más esclarecedora quizá es la que afirma que la labor de los indocumentados mexicanos no ha sido legalizada ni forma parte del Tratado de Libre Comercio, porque los bajos salarios generan enormes ganancias para los productores agrícolas estadounidenses. De alguna forma, el trabajo de estos mexicanos ha subsidiado la economía de la región suroeste de Estados Unidos y en cambio no han recibido más que bajos salarios, persecuciones e intimidaciones.

Esta obra llena un hueco importante en la historia de las relaciones entre México y Estados Unidos, y lo hace de forma muy completa, con trabajos serios, innovadores y objetivos que nos permiten tener una visión de conjunto

sobre temas complejos y difíciles de abordar.

Carlos Cruzado Campos  
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

Thomas Schoonover, *Germany in Central America; competitive imperialism, 1821-1829*. The University of Alabama Press, Tuscaloosa, 1998. 317 pp.

Para hallar grandes riquezas en nuestro continente no fue necesario descubrir ese mítico El Dorado; los afanes de lucro tuvieron más éxito con el aprovechamiento del paso transoceánico por Centroamérica. Algunas de las rutas más lucrativas del comercio mundial pasaban por allí, lo que convirtió al dominio de la región en una cuestión vital para las grandes potencias como Gran Bretaña, Estados Unidos y Alemania. El papel de esta última en esa competencia es el tema de una reciente obra del doctor Thomas Schoonover.

El profesor de la University of Southwestern Louisiana, destacado investigador de la historia de las relaciones entre Estados Unidos, Europa, México y Centroamérica, analiza los vínculos entre Alemania y los países del istmo, ubicándolos dentro del entramado de antagonismos entre metrópolis y países periféricos. Explica:

la rivalidad imperial ocurrió dentro de un siempre creciente reparto de la tierra, el trabajo, el capital y la distribución dentro de una economía mundial. La

naturaleza del imperialismo abarcó más que la acumulación y la expansión; también fue competitiva (p. 1).

Schoonover recalca la importancia de no enfocarse exclusivamente en la bilateralidad o los asuntos internos. Considera necesario un enfoque transnacional. Explica la actuación de Alemania como una clase de imperialismo social, que define como "las políticas de una metrópoli que mitigan problemas como el descontento laboral, los comportamientos sociales indeseables, el desorden social y el desempleo mediante su transferencia al exterior" (p. 3). En otras palabras, un imperialismo que busca en el exterior paliativos para las convulsiones internas de la metrópoli. Esto se enmarca dentro de la teoría del sistema mundial, que cuenta entre sus representantes más destacados a Fernand Braudel e Immanuel Wallerstein, y que explica las relaciones entre la metrópolis (el núcleo), la semiperiferia y la periferia en el contexto de la economía mundial. Un Estado semiperiférico funciona como explotador tanto como explotado, y la metrópoli y la semiperiferia explotan a la periferia.

En la segunda mitad del siglo XIX, Alemania salió de la semiperiferia y se convirtió en una metrópoli. Esto fue posible, en gran parte, gracias a políticas social-imperialistas que explotaron el tránsito, el mercado y las oportunidades de inversión en Europa oriental, África, Asia, Sudamérica, Centroamérica y el Caribe. Regiones como Guatemala, partes de Europa sudoriental y las colonias germanas en Asia y África, cayeron en una relación de dependencia con Alemania.